



# Introducción

Coordinadores del monográfico

## REDACCIÓN

DOI <https://doi.org/10.5565/rev/tdevorado.197>



“Life is what happens to you  
While you're busy making other plans”

“Beautiful Boy”, por John Lennon (1980)

En noviembre de 1972, el entonces doctorando y futuro profesor de la UAB, Enrique Ucelay Da Cal, llegó a Barcelona procedente de la Universidad de Columbia, Nueva York. Paseando por la Plaça de Catalunya, su pareja y él se miraron y exclamaron al mismo tiempo: “¡Son todos iguales!”. Para esos neoyorkinos, saltaba a la vista que la diversidad étnica propia de esa ciudad no estaba presente en la capital catalana. Poco más de veinte años más tarde, a mediados de la década de los noventa, esa situación comenzaba a cambiar aceleradamente. Hoy en día, la estructura social y económica de Cataluña y de España se ha transformado, con uno de cada seis residentes, nacidos en el extranjero (15,8% del total de la población), tendencia más agudizada en Barcelona y Madrid, con un 20,3% en cada caso. Esa masa poblacional, compuesta en buena medida por adultos que desempeñan un trabajo, apenas tiene un lugar propio en el ámbito de representación política y tampoco posee el peso que le correspondería en alguna forma

de administración. A pesar de lo cual, los medios de comunicación siguen analizando la actualidad en base a unos argumentos políticos historicistas que toman como centro a unos partidos que quizá ya no representan tan adecuadamente a esa nueva realidad social. Ello sin contar con la forzada resiliencia de unos mitos históricos que se pretende sigan significando lo mismo para la población de nueva procedencia, o los jóvenes nacidos en la era de la globalización: y puede que en la posglobalización.

A la hora de plantearse la enseñanza de la historia de los últimos treinta o cuarenta años de España y/o Cataluña, el debate actual gira en torno a cómo definir la puerta que da acceso a ese periodo: ¿Debe explicarse la Segunda República, la guerra civil, el franquismo y la transición como un bloque explicativo en sí mismo? Y si es así, ¿qué relaciones de causa-efecto pueden llegar a deducirse entre los grandes actores de ese periodo? ¿Quién llevó al desastre y quién lo redimió? Las polémicas historiográficas se entremezclan con las discusiones entre las formaciones políticas, a veces feroces, pero muchas veces ajenas a las preocupaciones actuales de la sociedad, que necesita una explicación de “su” historia, la que les ha llevado a donde están en la actualidad. Esa es la función y utilidad de la Historia del Actual o del tiempo presente.

En su artículo, David Martínez Fiol nos explica la ardua tarea que supone imaginar la docencia de la Historia actual en la Enseñanza Media, dado el peso de las polémicas políticas en las que surgen o se remodelan los planes de estudio. Y sin embargo, la Historia en sí misma no se detiene y su enseñanza termina por abrirse camino, aunque no necesariamente se haga a través de los planes de estudio de oficiales o en las aulas. Lo cual, obviamente, no parece recomendable a priori. Pero es que, parafraseando a John Lennon, la Historia es lo que sucede mientras, en muchas ocasiones, los historiadores intentamos interpretarla y explicarla.

Posiblemente, una de las claves radica en que las sociedades y contextos internacionales han cambiado tanto en los últimos treinta años, que empieza a no tener demasiado sentido interpretar hechos recientes en función de supuestos antecedentes “clásicos”. Por poner un ejemplo, la dinámica del *procès* soberanista catalán de 2012-2022 no parece estar directamente relacionado con los precedentes históricos de 1931 ó 1934. A pesar de que durante esos años del *procès* se intentó establecer los correspondientes enlaces genealógicos a partir del desarrollo de una lista de agravios que incluían una guerra sin tregua contra Cataluña, supuestamente vivida así entre 1936 y 1939, o comparando al huido presidente Puigdemont con Macià, parece mucho más probable que las circunstancias que hicieran posible el estallido del *procès* tuvieran mucho que ver con la situación económica resultado de la Gran Recesión internacional de 2008-2010,

incluyendo las polémicas generadas por la crisis griega. De la misma forma, en el desenlace de la deriva secesionista seguramente jugó un papel esencial la constatación de que separarse de España en 2017 era, en realidad, independizarse de la Unión Europea. En su artículo, Arnau González i Vilalta pasa revista a muchas de estas cuestiones, centradas en la Historia de Cataluña en los últimos años.

De la misma forma, resulta comprensible que las mujeres adultas de 2023 ya no siempre contemplen los referentes históricos patrios como “su historia”, desde su perspectiva de género. No la reescribirían como lo harían los hombres. Por otro lado, mientras la idea de república sigue asociada en España y Cataluña a un modelo político y social progresista e izquierdista de hace un siglo, en Europa y en parte del mundo actual, el republicanismo no excluye a la derecha e incluso a la ultraderecha, o al populismo, desde Marie Le Pen a Giorgia Meloni. El Partido Republicano es el que agrupa a la ultraderecha más dura en los Estados Unidos, en cuyo nombre se desarrolló el asalto al Congreso de 2021. Bolsonaro y los suyos, que también planificaron su propia versión del suceso con la ocupación de su propio Congreso, dos años más tarde, se veían como defensores de la República de Brasil. De hecho, los líderes populistas y ultras más reconocidos son todos presidentes de repúblicas: desde Erdoğan a Putin y Modi. Está claro que declararse republicano sigue siendo un refuerzo para algunas opciones políticas personales en la España y Cataluña actuales; pero no implica que posea ya el significado automáticamente progresista que tenía, *urbi et orbi*, hace un siglo. Y es que las definiciones ideológicas de los partidos políticos, incluyendo la dicotomía izquierda-derecha, ya no siempre corresponde a una estructura social cuya evolución, tan sólo en los últimos veinte años, ha desbordado los viejos cauces.

Olvidando por un momento la política como protagonista, la evolución económica y sociológica de España plantea el desafío de explicar la dinámica de modernización en España y Cataluña, que rompe definitivamente con el modelo de desarrollo franquista, más o menos una década después de la muerte del dictador. En su artículo, Paola Lo Cascio hace referencia a la centralidad que posee esa evolución y que con el ingreso de España en el proceso de integración europeo va a alterar definitivamente la imagen del país, haciendo que la historia explicativa de los más jóvenes no se corresponda con la de los mayores. Una economía de base liberal, el desarrollo del estado el bienestar -que experimentó un auge espectacular seguido de un deterioro creciente-, la evolución de la familia y el envejecimiento de la población, la llegada de una importante masa de inmigrantes con sus propias aportaciones culturales, el nuevo papel de la mujer que lo cambia todo, el desempleo estructural, la corrupción, la estructura del Estado sobre una

base federal de facto -el Estado de las autonomías-; todo ello espera una explicación ordenada, sistemática y comprensiva en las aulas.

Por supuesto, hay parámetros que parecen inmutables en el paso del tiempo, como es el caso del nacionalismo. El profesor Andrew Dowling explica que “en nuestra época contemporánea, la identidad nacional conserva una importante preeminencia que puede facilitar, en parte, la docencia. Enseñar las cuestiones vasca y catalana, desde 1980, a estudiantes universitarios británicos, plantea una serie de retos a los educadores. Los temas que emergen en la enseñanza de estos conflictos políticos en España incluyen la violencia estatal, el terrorismo, el nacionalismo y los movimientos sociales, las lenguas minoritarias y la inmigración”. Eso incluye el problema del terrorismo de ETA, hoy ya olvidado fuera del País Vasco, a favor del desafío catalán; aunque el afianzamiento de éste debió mucho a funcionar como un contrapunto pacífico y cívico de la violencia surgida en el seno del nacionalismo vasco: otro de los temas más difíciles de explicar en una asignatura de Historia Actual.

En cualquier caso, y en último término, la estructuración de una asignatura y la forma en la que se explica en el aula dependen del profesor, quien a su vez se adopta al tipo de alumnado que tiene o las circunstancias específicas de un grupo determinado. Y en eso también estos últimos años han sido decisivos, por cuanto la universidad abrió sus puertas y ventanas, y las estancias en centros extranjeros han contribuido a perspectivas más actualizadas, y en diversas lenguas, sobre el origen histórico de nuestros problemas actuales.